



NOEL RIVAS BRAVO

*TIERRAS SOLARES*

I. DARÍO EN LA ESPAÑA DE ENTRESIGLOS

La vida de Rubén Darío fue la de un viajero incansable, la de un poeta peregrino. Podemos leer su autobiografía<sup>1</sup> como una auténtica crónica de viaje donde países, acontecimientos y personas desfilan ante nuestra mirada envueltos en un velo en que se mezcla la fantasía con la realidad. Sus críticos y biógrafos lo han llamado «poeta errante»<sup>2</sup> «centroamericano trotamundos»<sup>3</sup> y él mismo se autodenominó «peregrino de arte de americanas tierras».<sup>4</sup>

Salió de Nicaragua, su tierra natal, a los quince años y —tras idas y venidas— regresó a los cuarenta y nueve, tres meses antes de morir, en febrero de 1916. Durante este período visitó muchos países y residió en algunos de ellos largas temporadas. Su geografía fue inmensa si consideramos los medios de transporte de su tiempo. Abarca las dos Américas, Europa y parte de África: «viví en Chile combatiente y práctico [...]; viví en la República Argentina... tierra que fue para mí maternal y que renovaba, por su bandera blanca y azul, una nostálgica ilusión patriótica; viví en España, la Patria Madre; viví en Francia, la Patria Universal...»,<sup>5</sup> escribió el poeta recordando sus patrias adoptivas. Pero también nos dejó páginas y artículos memorables de

sus experiencias y visitas a Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Colombia, Cuba, México, Brasil, Estados Unidos de Norteamérica, Portugal, Tánger, Italia, Inglaterra, Bélgica, Alemania y Austria-Hungría.

Conviene recordar que, durante su azarosa y no prolongada existencia, publicó siete libros de versos, dos en que mezcló prosas y versos, doce de prosas, sin contar folletos, poemas sueltos, prólogos y una porción considerable de escritos dispersos. Y es que, no lo olvidemos, Darío fue durante toda su vida un escritor profesional, un hombre que se ganó el diario sustento con la pluma en la mano. No en balde con él y su ejemplo se inicia en América Latina un nuevo modo de entender la vocación de escritor, vocación que tiene que ser de entrega total y sin contemplaciones a la propia obra.

Interesa que nos detengamos aquí en su faceta de periodista. De genio precoz, en su temprana adolescencia lo vemos escribiendo a diario, sin firma o con seudónimos, artículos periodísticos en la prensa nicaragüense «a la manera de un escritor ecuatoriano, famoso, violento, castizo e ilustre, llamado Juan Montalvo».<sup>6</sup> Y desde los diecisiete años y durante toda su vida no solo formó parte del cuerpo de redacción de diversos diarios y revistas sino que fue fundador y director de algunos de ellos. Sin duda podemos afirmar que en su tiempo no existe publicación periódica en lengua española de verdadera o relativa importancia en donde no haya aparecido su firma ocupando un lugar de excepción.

En medio de esta copiosísima obra, desgraciadamente todavía sin reunir y clasificar en su totalidad, destacamos cinco de sus libros que recogen las crónicas de sus viajes por algunos de los países y ciudades que hemos mencionado: *España contemporánea*, *Peregrinaciones*, *La caravana pasa*, *Tierras solares* y *El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical*. Y, como se sabe, todos ellos están compuestos con las colaboraciones

periodísticas que el poeta escribió como corresponsal del diario *La Nación* de Buenos Aires.

El primero, y, en cierto sentido, el más importante, *España contemporánea*,<sup>7</sup> es el fruto de su segunda visita a España adonde llegó a finales de 1898 enviado por *La Nación* de Buenos Aires, para escribir una radiografía sobre la situación en que había quedado la Península después de la derrota frente a los Estados Unidos de Norteamérica.

El otro libro que recoge sus impresiones de la España finisecular es *Tierras solares*, obra compuesta con las crónicas de dos viajes que realizó Darío entre diciembre de 1903 y mayo de 1904. El primero fue por tierras de Barcelona, Andalucía, Gibraltar y Tánger, y el segundo, por Bélgica, Alemania, Austria-Hungría e Italia. Es, por tanto, otro de los libros que este viajero impenitente escribió, mientras erraba por el mundo contando y cantando sus experiencias. «¿No he sido yo acaso el judío errante de *La Nación*?», se preguntaba alguna vez el nicaragüense.

Precisamente esta condición casi aventurera de su vida explica que algunos episodios de su biografía no sean conocidos con exactitud y hayan creado frecuentes confusiones. Tal es el caso de su viaje por Barcelona, Andalucía, Gibraltar y Tánger, al que nos hemos referido y que no se ha logrado conocer con mejores datos hasta la publicación en 1990 de *Mi Rubén Darío* de Juan Ramón Jiménez, con la reconstrucción, estudio y notas de Antonio Sánchez Romeralo.<sup>8</sup> Es cierto que la mayor parte de los materiales recogidos en este volumen ya habían sido publicados anteriormente; sin embargo, al presentarlos todos juntos con un riguroso aparato crítico, el investigador español ha permitido aclarar algunos equívocos y errores cometidos por los estudiosos y biógrafos darianos.

Por las cartas a Juan Ramón sabemos que Darío salió de París el 30 de noviembre de 1903 con destino a Málaga pasando por Marsella, Barcelona y Madrid. Esta es la tercera vez

que el poeta visita España y la primera que recorre Andalucía. El motivo de su viaje es una bronquitis aguda de origen alcohólico, imposible de curar en el clima frío y húmedo de París, por lo que los médicos le han aconsejado trasladarse al sur en busca de sol y de temperaturas más cálidas. Para ello se ha puesto de acuerdo con su amigo el cónsul de Colombia en Málaga, Isaac Arias, antiguo conocido suyo desde que juntos hicieran la travesía en aquel viaje a las fiestas del IV Centenario. Aunque su propósito era viajar directamente a esta ciudad se desvió de Barcelona a Madrid. De esta visita nos da cuenta Juan Ramón: «Una mañana muy temprano la doncella me anunció a Rubén Darío. Venía vestido de *kaki*, con sombrero blanco de paja, un panamá, botas amarillas, estrechas, la parte alta sin abrochar, botas que le hacían daño. Oscuro, muy indio y mogol de facciones. Me pareció más pequeño, más insignificante. Sorpresa: “He venido a Madrid solo a verle a usted”. Pasó entonces de prisa, camino de Málaga, a curarse una bronquitis alcohólica en el clima inocente».<sup>9</sup>

Sabemos que el 9 de diciembre de 1903 el poeta ya está en Málaga, noticia que recoge la prensa local<sup>10</sup> y motiva días más tarde el cariñoso saludo de bienvenida que le envían sus compañeros de la revista *Alma Española*: «Rubén Darío se encuentra en tierra española: es un deber de admiración y cortesía enviar nuestro saludo al gran poeta [...] Rubén Darío es el poeta de nuestra juventud; a su inspiración, una pléyade de rimadores y prosistas novísimos ha surgido en nuestra literatura. Nosotros le amamos sinceramente».<sup>11</sup> En un primer momento se hospeda en el hotel Alhambra que le había recomendado su amigo Isaac Arias. Era este un personaje curioso, chispeante, ocurrente, inagotable en contar anécdotas que distraían un poco el ánimo decaído del poeta. Porque el nicaragüense no solo había llegado enfermo del cuerpo, sino también de lo que él denominaba, siguiendo al humanista Pérez de Oliva,<sup>12</sup> las potencias del alma: entendimiento, memoria y voluntad.

Pocos días después se traslada a una casa particular en la calle Fernando Camino, n.º 9. Aquí vivirá en mejores condiciones para recibir a Francisca Sánchez, su mujer española, a quien le ha escrito una carta el 24 de diciembre pidiéndole, a pesar de su problemática situación económica, que se reuniese con él para aliviar un poco su soledad: «Creo que me alcanzará para todo», le dice.

A principios de febrero inicia su recorrido por distintas ciudades andaluzas. Primero visita Granada, el «viejo paraíso moro», donde lo encontramos el 9, según las cartas a Juan Ramón. Recorre la Alhambra y el Generalife en medio de visiones miliunanochescas que, por aquellas fechas invernales, tuvo el privilegio de conocer solo, sirviéndole de guía la hija del jardinero, libre de la molesta afluencia de turistas y viajeros.

Al día siguiente sale para Sevilla, donde permanece varios días hospedado en la fonda España, calle Bilbao, n.º 2. Con asombro observa rosas florecidas en pleno invierno; se acerca al Hospital de la Caridad, para contemplar los cuadros de Murillo y de Valdés Leal; llega a la catedral donde se descubre ante el sepulcro de Cristóbal Colón construido por Arturo Mérida; pasa viendo a las cigarreras en la fábrica de tabacos. Pero ni la esbelta Giralda, ni la Torre del Oro a la orilla del río, ni las antiguas murallas lo cautivan tanto como los jardines del Alcázar: «De todo lo que han contemplado mis ojos, una de las cosas que más han impresionado a mi espíritu son esos deleitosos y frescos retiros», escribió. Contrasta este encanto con la desilusión que sufrió al recorrer el barrio de Triana «tan cantado en las coplas», aunque no dejó de sentirse recompensado ante la presencia de una bella niña acompañada de su vieja dueña.

El 13 el poeta ya está en Córdoba. Vagando de un punto a otro evoca su majestuoso pasado, que le hace reconocer: «Yo, ni en Granada, ni en Sevilla, ni en Málaga, he encontrado ese ambiente de antigüedad de esta capital esclarecida

y en una época foco, puede decirse, de la sabiduría universal». Y deteniéndose en la mezquita, su entusiasmo llegó a tal extremo que unió su voz «a las mil que han lamentado la vandálica religiosidad de los católicos que creyeron preciso demoler obras del arte y afean el recinto de Alah para adorar mejor a Jesucristo».

De nuevo continúa su viaje y atravesando Almería, llega el 15 de febrero a Gibraltar. Aquí, frente a un sonriente astuto anglosajón, portavoz del secretario colonial, se revela su acendrado españolismo ante el dominio inglés, su militarismo y sus afanes imperialistas.

Pronto se embarca en el vapor inglés Gibel-Musa con rumbo a Tánger, «la ciudad blanca». Montado en una mansa mula y acompañado de un guía español incursiona los barrios y los alrededores, baja a la playa, le presentan a un poeta moro con quien conversa amistosamente; en un café escucha una orquesta cuyos acordes lánguidos y tristes le despiertan cierta nostálgica angustia, se queda extasiado ante el canto del *muezzin*, en el zoco ve a los camellos por primera vez fuera de los zoológicos, las proezas terribles de un *aissaoua* lo dejan mudo de admiración y espanto, y un hermoso y aristocrático contador de cuentos lo transporta, otra vez, a las visiones mágicas e interiores de *Las mil noches y una noche*. A los pocos días parte de regreso a Málaga adonde llega el 29 del mismo mes: «Ya me tiene usted aquí de vuelta de África», escribió a su querido Juan Ramón Jiménez.

Durante su estancia en Málaga, Darío tuvo la oportunidad de conocer la ciudad, recorrer sus barrios populares, como el Perchel y la Trinidad; evocar su pasado histórico; admirar sus monumentos y participar en sus fiestas y celebraciones navideñas. Pero también pudo tratar y valorar a los poetas y escritores malagueños del momento: Díaz de Escovar, Arturo Reyes, Ramón Urbano, Sánchez Rodríguez, González Anaya y Fernández de los Reyes, para los que tuvo siempre palabras de aliento y elogio.<sup>13</sup> Ellos, que su-

pieron reconocer al maestro, lo rodearon de amabilidad y respeto tratando de aliviar su espíritu de la tristeza que parecía perseguirlo. Pero el ánimo del poeta apenas mejoraba, incluso llegó a pensar que no soportaría permanecer en la ciudad mucho tiempo. Y es que hasta este rincón de Andalucía le llegaban noticias de la vida literaria que no contribuían a restablecer su salud: la atribución errónea a José Asunción Silva del título de fundador del movimiento modernista en América lesionó tanto su orgullo que pidió a Juan Ramón que corrigiera esa injusticia. Pero llevado una vez más de su desaliento decidió no intervenir en el asunto: «Vale más no meterse en esas porquerías», le comentó al poeta moguereno.

Su pesadumbre llegó a tal extremo que ni siquiera tenía ánimo para escribir; sin embargo, las musas no lo abandonan y envía a *Helios* su poema más reciente, «A Roosevelt»,<sup>14</sup> con la dedicatoria a Alfonso XIII que después mandó suprimir. Los sucesos de la independencia del istmo de Panamá propiciados por la intervención norteamericana le habían impresionado hasta tal punto que le inspiraron esta magnífica oda, que Juan Ramón celebró efusivamente: «Esas estrofas de bronce y de rosas que el gran poeta dice a Roosevelt, están aprendidas en el trueno espumoso de las olas. Hay dentro de ellas una marina apoteosis de gloria, presidida por Dios, en un fondo de cielo abierto, entre guirnaldas de lirios, con trompetas sonoras, alegres clamores y cánticos celestes de niños y de vírgenes. Y sobre el oleaje de los versos pasa una legión de ibis, hacia las verdes praderas».<sup>15</sup> Como señala, por otra parte, Sánchez Trigueros, el caso panameño sería un tema recurrente, con toda probabilidad, en las conversaciones entre Isaac Arias y Rubén Darío y, sin lugar a dudas, el interés por estos acontecimientos se convirtió en el punto de partida circunstancial de esta hermosa composición.

También escribe por las mismas fechas a petición de Azorín, quien le ha solicitado su colaboración para la revista

*Alma Española* («¿Cuándo nos favorece usted con algunas cuartillas?»),<sup>16</sup> el autorretrato que, desde entonces, ha pasado a ser conocido como el «poema-prólogo» de *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas*.<sup>17</sup> Conviene aclarar, entre paréntesis, que alrededor de este poema existe un error muy difundido en las ediciones darianas al considerarlo dedicado a José Enrique Rodó. Y no es así. Porque la dedicatoria, que no apareció en el texto de la revista, en realidad encabeza la primera sección completa del libro y no el poema mismo.

Y, por último, para celebrar la reciente aparición del libro de poemas *Arias tristes* de Juan Ramón Jiménez escribe el artículo «La tristeza andaluza. Un poeta», que después de publicado en *La Nación*,<sup>18</sup> fue reproducido en la revista *Helios*<sup>19</sup> y recogido posteriormente en *Tierras solares*: «En uno de estos crepúsculos de invierno, en que el Mediterráneo ensaya un aspecto gris que borrará la aurora del siguiente día, he comenzado a leer el libro de un poeta nuevo de tierra andaluza, el cual acaba de aparecer y es ya el más sutil y exquisito de todos los portaliras españoles».

Después de su regreso de Tánger y tras un breve descanso en Málaga, para recuperar fuerzas y ánimo, emprende su viaje de vuelta a París deteniéndose antes en Madrid. Se hospeda en la fonda Los Leones de Oro. No parece que su salud haya mejorado, porque se encuentra débil, vacilante, tomándose el pulso repetidas veces. La prensa de la capital española guarda silencio a su llegada a pesar de que su nombre ya es célebre y que se le reconoce como el jefe indiscutido del movimiento modernista que le tocó iniciar. Solo Juan Ramón Jiménez en *Helios* le rendirá un saludo de homenaje no exento de ataque a la indiferencia de los periodistas:

Rubén Darío ha estado en Madrid. Es lamentable el silencio de la prensa. Los periodistas —que todo lo saben— han debido



saber o adivinar que Rubén Darío estaba en Madrid. Cuando vienen y se van tantos príncipes ignorantes y tantas princesas sin ritmo, los que leen periódicos tienen buen pasto real. Cuando viene un poeta, un gran poeta... ¿es que se callan de emoción? Claro está que a Rubén Darío no le quita el sueño la prensa de Madrid. Todo su mérito lo lleva dentro de su mismo corazón.

La gente sigue ignorando quién es Rubén Darío. Rubén Darío es el poeta más grande que hoy tiene España. Grande en todos los sentidos. Desde Zorrilla nadie ha cantado de esta manera. Y aun el mismo Zorrilla abusaba de las notas gordas. Este maestro moderno es genial, es grande, es íntimo, es musical, es exquisito, es atormentado, es diamantino. Tiene rosas de la primavera de Hugo, violetas de Bécquer, flautas de Verlaine, y su corazón español. Vosotros no sabéis, imbéciles, cómo canta este poeta.

En la sombra de una de estas noches, ha sonado en Madrid su voz, y su voz decía palabras nuevas, versos divinos sobrenaturales, versos de auroras y mujeres, cosas sutiles y fragantes. Pero es su voz, es su voz la que sabe cantar sus canciones; su boca tiene la nota con que cada palabra ha nacido, el matiz de cada medio tono, esa dulzura de las flores, esa lenta sonoridad, esa elegancia... El maestro ha estado entre nosotros.<sup>20</sup>

Antes de partir deja a Gregorio Martínez Sierra los manuscritos de *Cantos de vida y esperanza*. *Los cisnes y otros poemas* y de *Tierras solares* para que, auxiliado por Juan Ramón, gestione sus publicaciones. Finalmente, el 10 de marzo está instalado de nuevo en París.

Ocho años más tarde el poeta nicaragüense en un artículo sobre la poesía de Manuel Machado, al evocar su viaje por estos lugares de ensueño, exclamaría: «¡Claros días de Andalucía! ¡Noches de música, vino y amor! Los que hayáis gozado de la encantadora tierra de “María Santísima” no olvidaréis jamás tanta sabrosa delicia».<sup>21</sup>

Pero el poeta que alguna vez escribió que sentía bajo sus pies el espíritu de Simbad, no podía aquietarse y casi dos meses después emprende otro viaje cuyas crónicas recoge también *Tierras solares*. Esta vez el recorrido será por Bélgica, Alemania, Austria-Hungría e Italia. Desde Hamburgo, el 7 de mayo, le escribe a Juan Ramón: «Aquí me tiene usted de nuevo andante. De las tierras solares a las de bruma». <sup>22</sup> Parece que su salud y estado de ánimo han mejorado, porque en una tarjeta desde Berlín a Francisca Sánchez le dice: «Todo va bien». <sup>23</sup> La verdad es que ahora viaja invitado y acompañado por el hacendado mexicano Felipe López Negrete, a quien ha conocido mediante una carta de presentación de su amigo el diplomático hondureño Ángel Ugarte. Mientras dura el recorrido por aquellos «bellos lugares» el poeta escribe sus crónicas para *La Nación*, dispone sobre sus futuras publicaciones y redacta, en Florencia, un prólogo para el libro *Pequeña ópera lírica* de su amigo Rufino Blanco Fombona, que incluirá en uno de los capítulos de *Tierras solares*. El 1 de junio de 1904, desde París, escribe de nuevo a Juan Ramón: «Aquí estoy de vuelta. Ha sido un viaje, aunque rápido, encantador». <sup>24</sup>

## 2. LA VISIÓN LITERARIA DE ANDALUCÍA

El viaje por Andalucía significó para Darío el reencuentro con sus ensueños orientales. Su anhelo por visitar el Extremo Oriente no solo está presente en sus proyectos de viaje: «Yo iré mañana, al Japón o a la India, si *La Nación* me envía, o si deseos me vienen de entenderme con la agencia Cook», <sup>25</sup> sino que incluso llega a arraigar de tal modo en sus deseos más íntimos que confiesa conocer estas ciudades por haberlas recorrido en sueños: «Yo he visto también en sueños, con toda la exactitud de la realidad, una ciudad de la India, Delhi, que conozco y que, Dios mediante, he de con-

frontar algún día con la ilusión o visión de mi sueño». <sup>26</sup> Sin embargo, estas aspiraciones del poeta nunca se cumplieron ni enviado, como pensó, por *La Nación* de Buenos Aires, ni mucho menos valiéndose de sus propios recursos. Pero existía para Rubén y los modernistas otra tierra, no tan lejana, que reproducía por su paisaje, sus costumbres y sus monumentos los encantos exóticos del Oriente, era Andalucía. En ella estuvo Darío buscando sentir la vida de estos lugares y penetrar en sus misterios: «Confieso que es para mí de un singular placer esta llegada a un lugar que se compadece con mis lecturas y ensueños orientales», escribió.

En efecto, la lectura de los escritores españoles, por una parte, Zorrilla, Pérez de Hita y Arolas, entre otros, que contribuyeron a crear la imagen de una Andalucía legendaria, y, por otra, la de las crónicas de los viajeros románticos: Hugo, Gautier, Chateaubriand, Mérimée, Byron, etc., artífices del mito de España como «país romántico» por excelencia, habían ido configurando una visión intelectual y libresca de Andalucía en la imaginación de nuestro poeta.

La región andaluza había sido convertida por los escritores de la primera mitad del siglo XIX en un espacio mítico donde encontraron realizados todos sus afanes de aventuras, contrastes y bellezas exóticas. Si bien es cierto que la exaltación de lo andaluz es solo un aspecto de un fenómeno más amplio producto de los aires de hispanofilia que, como señala Calvo Serraller, recorrieron Europa durante las primeras décadas del siglo XIX, <sup>27</sup> también es verdad que con mucha frecuencia la revalorización de lo español se tradujo de modo exclusivo en andalucismo.

Como afirma Navas Ruiz, <sup>28</sup> frente al desdén y al desprecio que el neoclasicismo, sobre todo francés, manifestó hacia España, el romanticismo valoró positivamente el paisaje, el popularismo, el sentimiento religioso, el carácter apasionado, el espíritu caballeresco, galante y sensual del español,

su pasado oriental y la pervivencia de sus tradiciones. En general, para una Europa sometida a la uniformización burguesa fruto del proceso industrial que se estaba llevando a cabo, un país como España, que vivía aún de espaldas al progreso, en estado natural, primitivo, ofrecía un mundo de imágenes exóticas, antiguas y variadas, sin lugar a dudas fascinadoras.

La nueva estimación de lo español puso de moda los viajes a unas tierras recién redescubiertas a raíz de la guerra de la Independencia<sup>29</sup> y cuya imagen ya estaba construida en la mente de los viajeros a partir de la lectura de la propia literatura española, sobre todo, del romancero, la novela morisca, la novela picaresca, Cervantes, Calderón, el teatro del Siglo de Oro: en otras palabras, a partir de los autores y géneros más populares de la literatura clásica.<sup>30</sup>

Los escritores románticos llegaban a España con el único deseo de ver ratificado un mundo imaginario de construcción literaria que satisfacía todas las modalidades de «lo diferente». Su objetivo no era otro que el de conocer una sociedad distinta de la europea que rechazaban. La condena de lo propio motivó la elevación de lo ajeno, solo porque era singular y contrario. La estética romántica magnificó el contraste y en este aspecto Andalucía, como decíamos al principio, ocupó un lugar primordial, pues colmó todas las expectativas de los viajeros, que, por otra parte, llegaban a esta región dispuestos a que nada los defraudara. Es cierto que Andalucía casi siempre respondía a lo esperado, pero cuando ello no ocurría, la imaginación suplía la realidad. Sea como fuere, Andalucía, por sus características físicas y humanas, llegó a constituir un espacio idóneo para la evasión y la idealización; hasta el punto de que, con frecuencia, al viajero le resultaba insufrible el tiempo que se demoraba en llegar a Sevilla, Córdoba o Granada. En este sentido, son claros los comentarios de Gautier durante su viaje por España:

Madrid nos resultaba insoportable, y los días que aún tuvimos que estar allí nos parecieron por lo menos dos siglos. No soñábamos más que con naranjos, limoneros, cachuchas, castañuelas, basquiñas y trajes pintorescos, pues todo el mundo nos explicaba maravillas de Andalucía, con ese énfasis un poco fanfarrón de que los españoles no pueden prescindir, lo mismo que los gascones franceses... Granada y la Alhambra, el sueño de todo poeta. Granada, cuyo solo nombre hace prorrumpir en fórmulas admirativas y bailar a la pata coja al burgués más gordo, más electo y más jefe de la guardia cívica.<sup>31</sup>

Si, como hemos dicho, la visión de Andalucía venía ya prefigurada con los viajeros románticos, son estos los que logran tipificar definitivamente la imagen de luz, toros, bandolerismo, charanga y pandereta con la que se ha venido identificando a España. Y, aunque algunos escritores españoles se opondrán a ella también por vía literaria, es, sin lugar a dudas, la más difundida.

No podemos dejar de señalar, como bien lo ha hecho notar José F. Montesinos, que los escritores costumbristas intentaron rectificar la visión que los viajeros románticos ofrecían de la Península.<sup>32</sup> En el comentario al prólogo de *Panorama matritense* de Mesonero Romanos, Montesinos afirma que este se quejaba del desconocimiento e inexactitud, más que de las célebres «calumnias» de los exploradores de la «España de charanga y pandereta». Así, algunos costumbristas expresaban su reacción en contra de la imagen romántica, ya que los viajeros, poseídos por el entusiasmo, propio del espíritu de la época, no supieron apreciar con objetividad las tierras que recorrían. De ahí que el costumbrismo, en una de sus vertientes, pretendiera elaborar una «realidad nacional», que justificara lo que ya por entonces se entendía por «casticismo».

Rubén Darío no fue ajeno a ninguna de estas visiones y versiones de España, aunque desde luego se sintió más atraí-

do por la imagen del tópicos exótico y legendario que por la de la realidad; al menos fue así hasta su viaje por tierras andaluzas, que introdujo ciertos cambios en la percepción de estos espacios ideales. Antes de su primera visita a la Península en 1892, ya aparecen referencias a Andalucía en los versos darianos escritos en Nicaragua, Chile y Argentina.

Cuando se publica *Prosas profanas y otros poemas* de Rubén, en 1896, todavía faltaban siete años para que el poeta conociera Andalucía directamente y pudiera formarse una idea propia de estas tierras. Hasta este momento la visión que refleja en sus versos, como muy bien señala Sánchez Castañer, es libresca e intelectual; se trata de la imagen de una España pintoresca heredada de los libros de viaje de los escritores románticos franceses. Andalucía responde a toda una serie de lugares comunes: es la tierra solar por excelencia, repleta de luz, gitanas y toros, y es la tierra enérgica y fuerte de las grandes pasiones amorosas primitivas y naturales. El poeta destaca repetidas veces su particular arquitectura mudéjar y, sobre todo, elogia la belleza femenina, mujer morena de grandes y rasgados ojos negros, una belleza moruna que Rubén magnifica considerándola de una perfección superior.

El poema «Elogio a la seguidilla» está compuesto, como «Pórtico», después de su primer contacto con España en 1892, con toda seguridad tras haber oído este canto popular y haber presenciado el baile que lo acompaña. Así lo afirma también Arturo Marasso.<sup>33</sup> La experiencia del poeta es directa y lo que nos ofrece en sus versos son sensaciones e impresiones personales; por ello este poema, como comenta Sánchez Castañer, es uno de los más hermosos cantos a la seguidilla andaluza.

Pero, sin lugar a dudas, la imagen más compleja y completa de Andalucía nos la ofrecerá Darío en las crónicas de *Tierras solares*, las cuales se estructuran a partir de la narración de un doble viaje. En primer lugar, se trata del relato de un

recorrido real por algunas ciudades a las que el poeta llegó en busca de salud física. Viene, como ya se dijo, aquejado de una bronquitis de origen alcohólico cuya recuperación exigía un clima cálido. Darío nos cuenta lo que ve y lo que le comentan adoptando casi siempre una actitud crítica. Tal es el caso de la crónica dedicada a Gibraltar, que es eminentemente informativa y opinativa en relación con el conflicto que mantienen por esta ciudad los ingleses y españoles.

Aunque no es esta, por supuesto, la única crónica que se estructura exclusivamente en función del viaje físico, real de Darío. Tengamos en cuenta que cuando llega a Tánger va dispuesto a embriagarse con unas tierras sorprendentes, llenas de enigmas y misterios que deberían corresponderse con los de sus ensoñaciones miliunanochescas. La búsqueda de la confirmación de sus fantasías y el descubrimiento de unos lugares para él sagrados harán de esta crónica una expedición informadora a partir de la observación detallada de lo encontrado en su camino: calles, cafés, mercados, tipos humanos y costumbres contempladas serán los motivos de las descripciones, argumentaciones y juicios narrados en el texto.

La segunda sección, dedicada a Málaga, de fuerte sabor costumbrista, es también una descripción de los ritos, alimentos, canciones y usos en general que acompañan la fiesta navideña malacitana. Se trata de una narración informativa que, aunque no se constituye en eje estructurador único de la sección, sí es el más elaborado y el que realiza la función referencial más evidente.

Queda todavía otra peculiaridad que se enmarca en el ámbito del relato de viaje y que aún no hemos reseñado. Aparece en la crónica dedicada a Sevilla y surge por la relación singular que se desarrolla entre el narrador y el lector implícito a lo largo del texto. Si bien la presencia del lector es constante en todas las crónicas debido a las continuas referencias que de él hace el narrador, mostrando así su preocu-

pación y su conciencia de estar escribiendo y observando para alguien que, por este recurso retórico, resulta muy cercano, en «Sevilla» las alusiones adquieren rasgos nuevos. El narrador exige al lector implícito que vea y escuche lo que le muestra o le cuenta. De esta forma la crónica sobre Sevilla se convierte en una suerte de guía turística para viajeros que deseen recorrer la ciudad.

Ved ese retrato del tiempo viejo, ved ese caballero firmado por Valdés Leal y ved esa espada antigua [...] No os detendré ante las muchas obras artísticas y renombradas que aquí se guardan [...]

Pero como hemos señalado más arriba, las crónicas *Tierras solares* presentan varios niveles narrativos, pues no son solo un relato de viaje, sino también una forma de narración autobiográfica en la que el recorrido físico es el vehículo de otro recorrido no exterior sino interior. El yo narrador llega a Andalucía buscando además de salud física, la paz espiritual. Las crónicas de Rubén están presididas por un yo autobiográfico que narra la historia de la búsqueda de esa paz como si se tratara de una peregrinación a los lugares sagrados. De esta forma, el viaje, lejos de ser un mero paseo turístico o informativo, se convierte en una expedición en busca de la felicidad que se encierra en el descubrimiento de la verdad y el conocimiento.<sup>34</sup> Y no debemos olvidar que para Darío la fuente renovadora del conocimiento es el Oriente y su cultura consagrada al cultivo de la belleza y la razón del arte:

Aquí encuentro que había Justicia; más allá que había Salud; más allá que había Belleza; más allá que había Placer. Eran sabios aquellos hombres de turbantes; eran buenos, eran fuertes y eran artistas

(«Granada»).



Por eso Rubén orientaliza Andalucía, para que cumpla mejor la función regeneradora que el poeta quería asignarle, y por eso también el yo narrador va al encuentro de la verdadera alma y la verdadera existencia de estas tierras. Solo de esta forma podrá alcanzar la armonía que emana del conocimiento del mundo ideal. En este contexto no pueden sorprendernos ciertas afirmaciones de Darío a lo largo del viaje, como, por ejemplo, al llegar a Granada dice:

He mirado la corteza rugosa de la antigua capital mahometana, en un tiempo muy poco propicio, entre calles lodosas y bajo un cielo nublado; mas luego he ido hacia la parte entreabierta que deja ver el corazón de su historia y su propio corazón. Y he visto la pedrería fantástica de un arte exótico, amoroso y sensual. Y después, el sol ha brillado; y así, la encantadora ciudad se me ha mostrado primero brumosa y luego luminosa. Y sé que el corazón de la granada entreabierta es dulce como la miel

(«Granada»).

Es interesante observar cómo en este segundo nivel narrativo la naturaleza adquiere connotaciones simbólicas que se corresponden con el proceso de conocimiento llevado a cabo por el yo autobiográfico. Así, en el fragmento que acabo de citar, el «sol» se convierte en la metáfora del descubrimiento de la belleza oculta en la historia, el corazón y el arte de Granada. Y frente a la metáfora del sol, la de la bruma, que representa la ciudad exterior, la de la apariencia, que encontró el poeta en un primer momento.

El mar es otro símbolo importante en las crónicas; es fuente de vida y esperanza para Darío. «Escribo a la orilla del mar, sobre una terraza a donde llega el ruido de la espuma», comienza la primera crónica escrita en Andalucía. El mar, que no es otro que el Mediterráneo, le comunica al poeta el mensaje de largos siglos de cultura mediterránea, de cultura solar de la que Rubén pretende extraer la energía necesaria para su

recuperación espiritual. Naturalmente el poeta se convierte en el intérprete del misterioso lenguaje marino, en el único ser capaz de descifrar el enigma de salvación de la humanidad:

Thalasa no sabe si el rey loco la manda azotar, o si están allí los pies de ese otro rey para mojarlos o no. Ella vive en su misterio. Hace su eterna obra, cumple su destino infinito. Apenas si se comunica con los corazones que se acuerdan con la palpitación del suyo, con las mentes de los soñadores y pensadores que se hunden en lo insondable del tiempo y del espacio, con los buzos de Dios

(«Málaga»).

Pues bien, al lado del mar Rubén realiza un gran descubrimiento: la verdadera existencia de estas tierras no está ni en el imaginario romántico, ni en la civilización y el progreso, la auténtica vida de Andalucía y de sus gentes se encierra en su pasado oriental, en la poesía, la leyenda, la tradición y el arte, conceptos muy importantes no solo en esta y otras obras darianas, sino en todos los escritores modernistas.

Parece evidente deducir que, si para Darío la verdadera realidad de Andalucía se encierra solo en su historia, la sociedad del presente, en cambio, alejada de su pasado oriental, es percibida por el poeta como un mundo caótico. En otras palabras, para Rubén la Andalucía actual, que padece los impulsos homogenizadores de la industrialización y el progreso, está perdiendo su verdadera personalidad:

Los extranjeros que llegamos en la hora actual a España, sufrimos ciertamente desengaños. [...] El progreso es el enemigo de lo pintoresco, y su nivelación no va dejando carácter local ni originalidad en ninguna parte

(«Málaga»).

Es este el motivo por el que el cronista, que ha llegado a esta región buscando el alma andaluza, al encontrarla

solo en la tradición, recree y rechace la actualidad, obviándola en la mayoría de las ocasiones. «Yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer», había escrito en otro lugar.

Con todo hemos de advertir que Darío mantuvo durante toda su vida una actitud dual, a veces contradictoria, en relación con el progreso. De hecho, en esta su tercera visita a España, al observar tras su llegada a Barcelona los cambios que había producido el desarrollo industrial, su impresión fue muy positiva: «Hoy, al pasar, mi impresión es otra», escribió durante su breve estancia en la Ciudad Condal. Ya no encuentra el país pobre, atrasado y provinciano que nos descubrió en *España contemporánea*, en 1899. Ahora se enfrenta a una nación próspera, europeizada y universalizada que «despierta y renace». El crecimiento económico, el desarrollo industrial, las nuevas ideas, el auge de los movimientos sociales habían convulsionado positivamente los primeros años del siglo XX de la vida española y el optimismo del poeta llega hasta tal punto que manifiesta en sus crónicas una firme confianza en el porvenir y en la grandeza de la raza hispana: «Seremos, entonces sí, la más grande España», afirmó. Sin embargo, no se le escapan los males que subyacen en el fondo de esta situación y la estrechez y mezquindad de la sociedad burguesa no pasan inadvertidas a su pluma de cronista: «Hay un huevo que empolla desde años la revolución latente», dijo. Darío dedica párrafos amargos a la descripción de la indolencia y la indigencia del pueblo andaluz:

Entrando a la realidad de la vida, halláis un pueblo pobre, falto de sangre y de trabajo. El exceso de población apenas halla salida escasa en los inmigrantes que atraviesan el Océano. Y la indolencia [...] Hay, pues, necesidad en las clases pobres, hambre en el pueblo

(«Málaga»).

La estructura del viaje interior presenta pues un doble movimiento simultáneo hacia el presente y hacia el pasado: es decir, parte siempre del viaje exterior por el presente en crisis para evocar mediante metáforas, símiles o largas digresiones los grandes acontecimientos del pasado que a su vez continúan perviviendo en el tiempo de lo actual, revalorizándolo. Así, por ejemplo, Darío siente vivir la herencia árabe en la belleza de la mujer malagueña. La apariencia moruna le concede un atractivo singular y propio que las libera de la nivelación impuesta por la moda.

Este es don particular de la hembra de aquí, como saturada del perfume de la ilusión moruna del mahometano paraíso. Son las anticipadas hurfes. Y como a sus abuelas les impuso el catolicismo la devoción, hay en ellas una inquietante mezcla de ángeles católicos y Zoraidas sarracenas

(«Málaga»).

Darío siente también revivir «la pasada existencia» en los mercados populares, en los alimentos: «Se compran en las dulcerías y confiterías las sabrosas cosas miliunanochescas o monjiles»; en las costumbres, al describir, por ejemplo, a las jóvenes malagueñas en grupos familiares a la orilla del mar; en los edificios y monumentos evocadores de tradiciones y leyendas.

La revelación de la belleza que se produce al contemplar el ayer oriental en el presente andaluz provoca diversas consecuencias en la escritura dariana. En primer lugar, es la causa de las explosiones líricas del yo autobiográfico. Y en segundo lugar, esos fragmentos poéticos exigen una mayor complicidad del lector, que necesitará de toda su experiencia cultural para penetrar en cada una de las referencias culturales y alusiones literarias del texto. En estos momentos el yo narrativo deja de ser un simple transmisor de la realidad periodística para transformarse en un viajero ilustrado

que ofrece su propia concepción de la historia desde la leyenda, la poesía, la tradición y el arte; y además se esfuerza por extraer posteriormente la enseñanza que se encierra en el origen del conocimiento descubierto. En consecuencia, Rubén no cumple solo la función del periodista que observa e informa sobre la realidad: esta función se manifiesta solo en algunos comentarios y algunas crónicas, como ya hemos comentado. Sobre todo, realiza la misión del viajero ilustrado que se convierte en el intérprete y mediador de los sentidos esenciales de la realidad. Una labor que lleva al narrador a rechazar las visiones de los sencillos turistas que llegan en masa y adocenados a Andalucía.

Las crónicas de Rubén Darío constituyen, sin lugar a dudas, la superación de la imagen romántica de Andalucía. Al igual que otros escritores de entresiglos como Juan Ramón, Sawa o Azorín, Rubén descubre en esta tierra una obsesión por la muerte y una tristeza innata. Alejandro Sawa escribe en sus *Iluminaciones en la sombra*: «Yo quería decir que no conozco en España pueblo tan triste como el de Andalucía».<sup>35</sup> Por su parte, Azorín viaja por Sevilla, Lebrija y Arcos de la Frontera como corresponsal del periódico madrileño *El Imparcial* en 1905 para escribir una serie de crónicas que tituló precisamente «La Andalucía trágica».<sup>36</sup> Y Juan Ramón es, en opinión del nicaragüense, el poeta andaluz por excelencia al representar la personalidad verdadera de Andalucía: poeta, le dice Rubén, «amado de la tristeza», por su tierra, «por la morena y amadora y triste Andalucía».

En definitiva, la dialéctica entre el glorioso pasado oriental, el mísero presente decadente y la promesa de un futuro renovador estructuran el dinamismo de la escritura de las crónicas de *Tierras solares*. De este modo, Darío ofrece a sus lectores de *La Nación* una imagen viva y variada de Andalucía que supera la pintoresca romántica y conecta además con el espíritu crítico de los escritores de fin de

siglo que con más fuerza anticipan el surgimiento de la modernidad.

### 3. HISTORIA DE UNA EDICIÓN

Como hemos dicho, el poeta nicaragüense entregó a Juan Ramón Jiménez y a Gregorio Martínez Sierra, durante su breve estancia en Madrid de regreso a París, los manuscritos de las crónicas de su recorrido por Barcelona, Andalucía, Gibraltar y Tánger para que gestionaran su publicación. Seguramente nuestro poeta pensaba reunir en un solo volumen las crónicas de su tercera visita a la Península así como había recogido en *España contemporánea* las escritas en su segundo viaje. Lo confirma el hecho de que hayan aparecido publicadas en doce entregas en el diario *La Nación* de Buenos Aires bajo el título general de *Tierras solares* entre el 3 de enero y el 14 de mayo de 1904 en el orden siguiente:

1) «Tierras solares. En Barcelona», el 3 de enero de 1904; 2) «Tierras solares. Málaga La Bella. Impresiones y notas», el 20 de enero de 1904; 3) «Tierras solares. La Pascua y la Nochebuena en Málaga», el 1 de febrero de 1904; 4) «Tierras solares. Impresiones andaluzas», el 27 de febrero de 1904; 5) «Tierras solares. La tristeza andaluza. Un poeta», el 20 de marzo de 1904; 6) «Tierras solares. Granada», el 9 de marzo de 1904; 7) «Tierras solares. Sevilla», el 25 de marzo de 1904; 8) «Tierras solares. Córdoba», el 29 de marzo de 1904; 9) «Gibraltar», el 18 de abril de 1904; «Gibraltar», el 21 de abril de 1904; 10) «Tierras solares. Tánger», el 25 de abril de 1904; 11) «Tierras solares. Tánger», el 14 de mayo de 1904.

Sin embargo, el cuerpo inicial del libro no satisfizo las exigencias del editor ya que se conserva una carta de Martínez Sierra a Darío solicitándole nuevos materiales para engrosarlo: «Acaban de traerme ajustado todo el original de *Tierras*

*solares*: 160 páginas; es muy poco volumen, y para que no parezca un folleto conviene añadir cuando menos tres crónicas nuevas, con las cuales llegaríamos a las 200 páginas». <sup>37</sup>

Rubén no las hizo esperar. Envió las escritas recientemente durante su viaje por Bélgica, Alemania, Austria-Hungría e Italia. Igual que las anteriores, estas crónicas ya habían sido publicadas en cinco entregas en *La Nación* entre el 18 de junio y el 28 de julio del mismo año con el título general de «Horas errantes» en el orden siguiente:

1) «Horas errantes. Waterloo. Por el Rhin», el 18 de junio de 1904; 2) «Horas errantes. Fráncfort S. M. Hamburgo o el reino de los cisnes. Berlín», el 28 de junio de 1904; 3) «Horas errantes. Viena. La tumba de los nuevos atridas. La Secesión. Budapest», el 17 de julio de 1904; 4) «Horas errantes. Snobópolis», el 25 de julio de 1904; 5) «Horas errantes. Pequeña ópera lírica. Italoterapia», el 28 de julio de 1904.

Con ellas el volumen del libro aumentó tal como le informara en otra carta Martínez Sierra, responsable del cuidado de la edición: «Ya se ha terminado la tirada de *Tierras solares*. Estamos esperando las cubiertas que llegarán de Londres un día de estos. Quedará muy bonito el tomo: 240 páginas». <sup>38</sup>

Es conveniente hacer algunas observaciones sobre la conformación definitiva de la edición. Tengamos en cuenta, en primer lugar, que aparece dividida en dos partes, con algunas modificaciones respecto a los originales publicados en el diario *La Nación*. En la primera, integrada por las crónicas de su primer viaje, Darío conservó el título general de *Tierras solares*, pero eliminó algunos subtítulos reemplazándolos por números romanos, como en el caso de las cuatro crónicas sobre Málaga. Asimismo, incorporó aquí las dos últimas crónicas de su segundo viaje, («Horas errantes. Snobópolis», «Horas errantes. Pequeña ópera lírica. Italoterapia»), con los nuevos títulos de «Venecia» y «Florencia», alterando por tanto el orden cronológico y porque seguramente se correspondían con el contenido simbólico de «ciudades solares» de esta

sección. Y en cuanto a la segunda parte, integrada por las crónicas de su segundo viaje, menos las arriba mencionadas, cambió el título general de «Horas errantes» por «De tierras solares a tierras de brumas»,<sup>39</sup> suprimió al comienzo dos párrafos introductorios, pero conservó los subtítulos correspondientes a los nombres de las ciudades y lugares que visitó. Por otro lado, no se tomaron en cuenta dos sugerencias de última hora del poeta: la de suprimir, «por demasiado patrióticas», las páginas dedicadas a Gibraltar ni la de incluir, «si no alcanza con lo que hay para el libro», el «Diario de Italia» publicado anteriormente en *Peregrinaciones* (1901).<sup>40</sup> En cambio, pudo agregarse la dedicatoria para su amigo el mexicano Felipe López Negrete<sup>41</sup> quien, como sabemos, invitó y acompañó a Darío durante el viaje. Por fin apareció *Tierras solares*: Madrid, Biblioteca Nacional y Extranjera, Leonardo Williams, Editor, 1904 (Tipografía de la Revista de Archivos, Olid, 8, Madrid. Contadas 230 pp. num., las dos primeras en blanco, y 14 últimas entre el índice y el catálogo sin num., todas de 18 x 12 cm. Dedicatoria «A Felipe López. —Muy cordialmente— R. D.»). Este fue, como hemos dicho, el primer libro que el poeta nicaragüense publicó en España, porque antes solo había aparecido aquí, en folleto, la crónica dedicada a los funerales de Castelar<sup>42</sup> incluida posteriormente en *España contemporánea*.<sup>43</sup>

No sabemos si el poeta recibió o no alguna remuneración por derechos de autor, «autorizo a Martínez Sierra para que arregle eso del libro como él crea mejor», escribió,<sup>44</sup> ni tampoco qué grado de vigilancia puso en el cuidado de la edición, aunque manifestó su interés en «ver las pruebas». <sup>45</sup> De lo que tenemos noticia es que logró disponer de cuarenta ejemplares que le fueron enviados a París en varios paquetes.<sup>46</sup>

Esta *editio princeps* de *Tierras solares* apareció con la leyenda de «segunda edición» en la cubierta, aunque es la única que se publicó en vida de Darío. Este hecho ha dado origen a algunos malos entendidos que conviene aclarar. José Jirón



Terán,<sup>47</sup> apoyado en un fotograbado, con toda probabilidad fruto de un montaje de la época, recogido por Juan Antonio Cabezas,<sup>48</sup> ha señalado la existencia de una primera edición hecha en Barcelona. El único ejemplar que supuestamente se conservaría de esta tirada es el que Darío regaló a su hermana Lola con la siguiente dedicatoria: «A mi hermanita con todo el corazón, de Rubén. París 1904», donde el número 4 aparece borroso, ahondando más la confusión. Sin embargo, la necesidad de suponer una primera edición catalana no registrada en ninguna de las publicaciones periódicas del momento y de la que nadie ha visto jamás un ejemplar desaparece ante otra posible explicación que consideramos más acertada. En efecto, en una reseña bibliográfica publicada en la revista satírica *Gedeón*<sup>49</sup> se comenta que los primeros ejemplares de *Tierras solares* circularon con un molesto manchón azul prusia sobre la cubierta amarilla, lo que hizo necesario cambiarla sustituyéndola por una verde, que es la que actualmente conocemos. Podemos pensar que el cambio de portada dio origen a la confusión entendiéndose equivocadamente que se trataba de una segunda edición. Así también lo corrobora con mayor precisión Eduardo Zepeda Henríquez en una comunicación personal.

Otras bibliografías mencionan además una nueva edición de 1905 de la que tampoco se conoce ningún ejemplar, hasta el punto de que Saavedra Molina<sup>50</sup> llega a dudar de su existencia.

#### 4. RECEPCIÓN CRÍTICA

Ya en circulación *Tierras solares*, probablemente a finales de noviembre de 1904, mereció la atención de algunos críticos del momento. En orden cronológico la primera reseña de la que tenemos noticia es la recogida en el semanario *Gedeón*, mencionada anteriormente. Allí se dice «que nuestro admi-

rable y admirado amigo Rubén llama “portaliras” a varios poetas conocidos suyos», en clara alusión irónica a los comentarios elogiosos del nicaragüense sobre Arturo Reyes, los poetas malagueños y Juan Ramón Jiménez. Pero también se reconoce que *Tierras solares* «merece leerse y estimarse» y «puede creer Rubén que un bombo como este no se lo damos a ningún otro jefe de las doce tribus israelitas». Opinión esta última digna de tomarse en cuenta si consideramos que la sección donde aparece estaba destinada casi siempre a parodiar y satirizar las publicaciones de los jóvenes modernistas.

A otro crítico desconocido de la revista *La Alhambra* debemos la siguiente reseña de *Tierras solares*. Sin percatarse del tiempo que Darío pasó de visita por las ciudades andaluzas lamenta que el poeta dedicara en su libro más de cuarenta páginas a Málaga considerando en cambio «su impresión de Granada breve y fugaz y aún dedica buena parte de las pocas páginas que de esta ciudad escribe a reproducir íntegras algunas inscripciones del palacio árabe. De deplorar es que una inteligencia tan clara, un espíritu tan culto como el del notable escritor americano no se haya fijado más en nuestra ciudad, en sus monumentos, en su significación histórica y artística». Así, animado de su buen espíritu provinciano, rechaza las ideas del nicaragüense sobre la «malhadada “tristeza andaluza”» con la observación de que Darío «incurrir en el error de los extranjeros que estudian a los andaluces y a Andalucía por las coplas gitanas, por el baile flamenco y las tragedias amorosas de la navaja y el vino».

Más ponderado, aunque sin comprender los alcances de la renovación modernista del léxico español, el crítico Gómez de Baquero desde las páginas de *Los Lunes de El Imparcial*,<sup>51</sup> celebró la aparición de *Tierras solares*: «es ameno, y tiene bellos pasajes el libro del señor Darío. Su estilo ligero, pintoresco, movido, mariposea agradablemente en torno a los

objetos. De vez en cuando se eriza en él algún extraño neologismo o se delata el comercio asiduo con la literatura francesa en giros y vocablos forasteros en nuestra habla. En conjunto, estas *Tierras solares* dejan una impresión alegre, solar, de vida y de imaginación robusta».

Parece que el libro alcanzó cierto renombre más allá de las fronteras peninsulares, porque Eugenio Díaz Romero en el *Mercure de France*<sup>52</sup> le dedicó una elogiosa reseña enaltecendo la calidad de la prosa dariana, su certera visión de España y la originalidad de sus impresiones. La reproducimos íntegramente a pesar de su extensión considerando su importancia y que nunca se ha reimpresso con anterioridad:

Belles pages pleines de couleur sur la patrie de Don Quichotte.

Le poète m'a séduit par la magie de son verbe et la sûreté de sa vision. L'œuvre est belle: elle répand une délicate senteur du vieux temps. C'est encore une œuvre personnelle par l'originalité des impressions et aussi par cette ambiance pénétrante, familière a toute la production littéraire de Dario. Car c'est là un des traits qui frappent le plus en lui: à l'inverse de la plupart des auteurs enclins à enseigner comme si le lecteur fût un simple écolier, lui, nous donne sur toutes choses sa propre opinion, Systématiquement il rejette loin de lui, avec un ample geste de dédain, tout ce qui a été dit sur le thème, de son choix, il chasse volontairement de sa mémoire tous les clichés historiques admis comme lettre d'évangile, mais en revanche il met beaucoup de sentiment, de chaleur et aussi d'attendrissement mélancolique dans sa manière. Les faits et les lieux acquièrent de cette sorte un intérêt subjectif, romantique parfois, s'ils ne deviennent de véritables motifs à poèmes, comme il advient, par exemple, dans les pages consacrées à Grenade et à Malaga. C'est alors que Ruben Dario se profile dans une attitude de rêveur et qu'il imprime à son langage un merveilleux éclat. Il y a en vérité des pages entières d'une beauté qui ne saurait être surpassée en notre langue.

C'est surtout dans la richesse opulente de sa prose, maniée en maître par Dario, que réside le mérite secret de son livre; et à cette prose, disons-le, il sait donner un coloris particulier, affiné, d'un ton intermédiaire entre le blanc et le rouge, note caractéristique de sa modération esthétique, ennemie de toute violence qu'elle qu'en soit la formule. Au demeurant on ne saurait nier que la forme de son talent ne soit en voie d'acquisition d'une solidité plus grande. Aussi bien qu'en tout temps il ai été considéré comme un modèle en l'art de bien dire —il est des gens de mauvais goût qui affirment le contraire— il est possible encore d'apprécier à travers le développement progressif de sa pensée jusqu'à quel point il s'est préoccupé de pousser la sûreté de la forme. Le critique le plus perspicace ne saurait signaler le choix d'un seul vocable qui ne soit du goût le plus sûr, blâmer une image, ni mettre en doute l'élégance vraie d'une tournure.

Le thème du livre, le plus souvent suggestif et poétique, favorise l'artiste. Pour s'inspirer il s'est interné dans le fin fond de l'Espagne, et, dédaignant le présent, il a pensé aux sources encore vives du passé; il a *évoqué* le prestige des ruines et s'est abandonné à sa méditation à la vue des merveilles de l'architecture mauresque, dans les patios pleins d'ombres, de fraîcheur et du murmure des fontaines. Là, faisant fi de l'inquiétude moderne, comme s'il eût été au sein d'un auguste sanctuaire, loin des amertumes de l'existence et de la sourde envie des faux amis, son âme se sent libre. Gravement, avec respect, comme s'il disait une prière, il a entonné un hymne, répondant à son appel la voix secrète s'est fait entendre et le chant a jailli de ses lèvres plein de douceur et de mélancolie.

Il est vrai que sa colère, en ces occasions, obéit le plus souvent à un sentiment juste en toute rigueur. Mais la dureté de son jugement se manifeste avec une même sévérité, qu'il s'adresse aux travers du snobisme contemporain, ou qu'il vise la vanité prétentieuse, l'égoïsme ou, tout simplement, la bêtise des êtres auxquels journellement nous tendons la main.

Asimismo la fama de *Tierras solares* llegó hasta Inglaterra de donde en abril de 1905 Anne Goodnough le propuso al nicaragüense la traducción al inglés de algunos capítulos. Darío aceptó la petición, pero en ninguna de las bibliografías del poeta consta la existencia de esta traducción por lo que podemos dudar de que el proyecto se haya realizado.

## 5. CRITERIO DE NUESTRA EDICIÓN

Nos ha servido como base de esta edición el ejemplar de *Tierras solares* descrito en el apartado 3. Fijamos el texto depurándolo de errores y erratas, modernizando la ortografía y la acentuación, pero conservando la puntuación, los usos de paréntesis, la letra bastardilla, entrecorillados y otros recursos semejantes propios del estilo dariano. Siempre que hemos tenido la oportunidad comprobamos las citas textuales darianas con las publicaciones originales. También hemos tenido a la vista las ediciones de *Tierras solares* consignadas en la bibliografía.





## NOTAS

<sup>1</sup> *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1915.

<sup>2</sup> Watland, Charles D., *Poet-Errant: A Biography of Rubén Darío*, Nueva York, Philosophical Library, 1965.

<sup>3</sup> Paz, Octavio, «El caracol y la sirena», en *Cuadrivio*, México, J. Mortiz, 1965, p. 31.

<sup>4</sup> Darío, Rubén, *Tierras solares*, Madrid, Biblioteca Nacional y Extranjera, Leonardo Williams, 1904, p. 205.

<sup>5</sup> Darío, Rubén, *El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical*, Madrid, Biblioteca El Ateneo, 1909, p. 16.

<sup>6</sup> *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, op. cit., p. 41.

<sup>7</sup> París, Garnier Hermanos, Libreros-Editores, 1901.

<sup>8</sup> Jiménez, Juan Ramón, *Mi Rubén Darío (1900-1956)*, reconstrucción, estudio y notas críticas de Antonio Sánchez Romeralo, Moguer, Fundación Juan Ramón Jiménez, 1900.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 173.

<sup>10</sup> Véase Estrada Segalerva, José, *Efemérides malagueñas*, t. IV, Málaga, 1951, p. 321.

<sup>11</sup> *Alma Española*, 3 de enero de 1904, p. 8.

<sup>12</sup> Véase Pérez de Oliva, «Discurso de las potencias del alma, y del buen uso dellas», en el *Diálogo de la dignidad del hombre* (1546).

<sup>13</sup> Véase Sánchez Trigueros, «La literatura malagueña en los comienzos del siglo XX (Notas y testimonios sobre la poesía)», en *Anuario*, Centro Asociado UNED, Málaga, 1988, vol. II, pp. 21-39.

<sup>14</sup> *Helios*, febrero, núm. 11, 1904, pp. 140-141.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 197-198.

<sup>16</sup> Álvarez, Dictino, *Cartas de Rubén Darío*, Madrid, Taurus, 1963, p. 150.

<sup>17</sup> *Alma Española*, 7 de febrero de 1904.

<sup>18</sup> *La Nación*, 20 de marzo de 1904, con los títulos «Tierras solares. La tristeza andaluza. Un poeta».

<sup>19</sup> *Helios*, núm. XIII, 1904.

<sup>20</sup> *Ibidem*, núm. 12, 1904.

<sup>21</sup> En el artículo «Poesía andaluza. Cante hondo», publicado en *La Nación*, 27 de mayo de 1912.

<sup>22</sup> Jiménez, Juan Ramón, *op. cit.*, p. 110.

<sup>23</sup> Véase carpeta 4 en el Seminario-Archivo Rubén Darío.

<sup>24</sup> Jiménez, Juan Ramón, *op. cit.*, p. 111.

<sup>25</sup> «Un poeta portugués en la India», en Darío, Rubén, *Letras*, París, Garnier hermanos, 1911, p. 81.

<sup>26</sup> «El marqués D'Hervey de Saint-Denis», en Darío, Rubén, *El mundo de los sueños*, edición y notas de A. Rama, Nicaragua, Ministerio de Educación, 1992, p. 75.

<sup>27</sup> Calvo Serraller, Francisco, «La imagen romántica de España», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 332, febrero de 1978, pp. 240-260.

<sup>28</sup> Navas Ruiz, R., «La revalorización romántica de la literatura española», en AA. VV., *Imagen romántica de España*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1981, pp. 113-120.

<sup>29</sup> Sobre cómo una serie de acontecimientos históricos, entre los que hay que destacar la guerra de la Independencia, hicieron posible el surgimiento de este nuevo interés véase, entre otros, los trabajos de Calvo Serraller, Francisco, artículo citado y AA. VV., *Del Támesis al Guadalquivir (Antología de viajeros ingleses en la Sevilla del siglo XIX)*, selección, traducción, introducción y notas de José Alberich, Sevilla, Universidad, 1976.

<sup>30</sup> Aunque todos los estudiosos de la imagen romántica de España señalan este aspecto, es Manuel Bernal Rodríguez quien se detiene a analizarlo más minuciosamente en su trabajo, «Tipologías literarias de la Andalucía romántica», en AA. VV., *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y homenaje a Gerard Brenan*, Málaga, Diputación Provincial, 1987, pp. 101-123. Véase también su Introducción a AA. VV., *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*, Barcelona, Biblioteca de la Cultura Andaluza, 1985.

<sup>31</sup> Gautier, Th., *Viajes por España*, Barcelona, Taifa, 1985, pp. 167-168.

<sup>32</sup> Montesinos, J. F., *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*, Madrid, Castalia, 1960. Sobre este tema véase también el trabajo de Marco, Joaquín, «El costumbrismo español



como reacción», en *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos...*, *op. cit.*, pp. 125-139.

<sup>33</sup> *Op. cit.*, p. 114.

<sup>34</sup> Esta fue una búsqueda constante en muchos de los viajes darianos, véase en este sentido el estudio de González, Aníbal sobre «El viaje a Nicaragua de Rubén Darío», en *La crónica modernista hispanoamericana*, *op.cit.*, pp. 134-146.

<sup>35</sup> Edición, estudio y notas de Iris M. Zavala, Madrid, Alhambra, 1977, p. 142.

<sup>36</sup> Véase Martínez Ruiz, José (Azorín), *Los Pueblos. La Andalucía trágica y otros artículos (1904-1905)*, edición de José María Valverde, Madrid, Castalia, 1987.

<sup>37</sup> Álvarez, Dictino, *Cartas de Rubén Darío*, Madrid, Taurus, 1963, p. 120. «Carta de Martínez Sierra a Darío», fechada en Madrid el 3 de septiembre de 1904.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 123.

<sup>39</sup> Título que ya estaba sugerido en carta a Juan Ramón, fechada el 7 de mayo de 1904: «Muy querido poeta: Aquí me tiene usted de nuevo andante. De las tierras solares a las de bruma», en *Mi Rubén Darío (1900-1956)*, reconstrucción, estudio, notas críticas de Antonio Sánchez Rome-ralo, Moguer, Ediciones de la Fundación, 1990, pp. 110-111.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 111. Carta a Juan Ramón fechada en París el 1 de junio de 1904.

<sup>41</sup> *Ibidem*. Carta fechada en Hamburgo el 7 de mayo de 1904.

<sup>42</sup> *Castelar*, Madrid, B. Rodríguez Serra, 1899.

<sup>43</sup> París, Hermanos Garnier, 1901.

<sup>44</sup> Jiménez, Juan Ramón, *op. cit.*, p. 108. Carta a Juan Ramón fecha-da en París el 15 de marzo de 1904.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 112. Carta a Juan Ramón fechada en París el 15 de junio de 1904.

<sup>46</sup> Álvarez, Dictino, *op. cit.*, p. 123.

<sup>47</sup> Jirón, José, *Bibliografía general de Rubén Darío*, Managua, Publica-ciones del Centenario de Rubén Darío, 1967, p. 6.

<sup>48</sup> Cabezas, Juan Antonio, *Rubén Darío (Un poeta y una vida)*, Madrid, Ediciones Morata, 1944, pp. 16-17.

<sup>49</sup> Anónimo, «¡El papel vale más! (Notas bibliográficas): *Tierras solares*», *Gedeón*, 16 de diciembre de 1904, p. 8.

<sup>50</sup> Saavedra Molina, Julio, *Bibliografía de Rubén Darío*, Santiago de Chile, 1945, p. 42.

<sup>51</sup> «Revista literaria: La Biblioteca Nacional y Extranjera. *Tierras solares* por Rubén Darío», Madrid, 15 de mayo de 1905, p. 1.

<sup>52</sup> LVII, septiembre-octubre de 1905, pp. 630-633.